

la esperábamos tan pronto, ni creimos que llegase á ser tan completa como es, no obstante las grandes esperanzas que habíamos fundado, con justo motivo, en las excepcionales dotes del autor.

Léanla nuestros lectores, seguros de que no les ha de pesar, es más, de que nos agradecerán la recomendación que de ella hacemos y al par que el gusto que en su lectura hallen, que será grandísimo, harán un obsequio á la Virgen de Begoña y al ilustrado bilbaino que la canta.

ENRIQUE DE OLEA.

(De *El Basco*)

A LA BUENA MEMORIA

DE

D. FERNANDO DE ALBIZU Y VELEZ DE ELORRIAGA

CURA PÁRROCO DE ELORRIAGA

Antes de ayer, en la víspera de la Virgen de Agosto, al toque de la oración, no repicaron alegremente las campanas de Elorriaga, sino que con pausados sonos doblaron á muerto. Desde el principio de la tarde circuló por aquella aldea, y por las otras muy numerosas que hay en esa parte de la llanada de Vitoria, la triste noticia de que el venerable sacerdote octogenario D. Fernando de Albizu, cuyo nombre es conocido en todas estas provincias y en muchas de Castilla y en la Côte, habia fallecido; y tambien, muy pronto, se comentó con pesar la nueva en la capital de Alaba. El hombre sencillo y patriarcal que hizo de su pueblo y de su casa un agradable foco de atracción para cuantas gentes curiosas é ilustradas venian á Vitoria: el sacerdote que era espejo de virtudes, de transigencia y de paz: el arboricultor maestro, el amigo de tantos amigos, habia desaparecido en santa calma,

despues de luchar animoso su físico con la muerte, y perfectamente resignado su espíritu con la voluntad suprema.

De D. Fernando de Albizu se ha hablado mucho y para honra suya, en estos cuarenta años, y se hablará durante largo tiempo, recordándole. Justo es, pues, que en estos días en que por unanimidad se enaltece su memoria, le dedique yo, que desde mi juventud fui su admirador y amigo, esta pública memoria, considerándole como á uno de tantos alabeses ilustres contemporáneos, á quienes en los momentos del duelo de la separación eterna ó en los de su buenaventura, he consagrado con cariño verdadero algunas cuartillas, en los diarios de las provincias bascongadas. En mis álbums de excursiones encuentro material suficiente para aliñar este recuerdo, porque contienen los apuntes de las visitas que en distintas ocasiones hice á Elorriaga.

Y vaya este afectuoso obsequio á la grata y digna memoria de varon tan recto, tan cristiano y tan entendido, en nombre de muchos vitorianos, de muchos alabeses, de muchos euskaros y de no pocos cortesanos, que seguramente pondrían gustosos sus firmas al pié de este trabajo, como las pusieron en el libro de amistoso registro que conservaba con afán el cura modesto y cariñosísimo de aquella humilde y pintoresca aldea, sabio horticultor que en la huerta más reducida de España había instalado el laboratorio experimental de cultivo de frutas más curioso que ha existido y al cual debe su fama.



Paisano ilustre he dicho, y no me arrepiento, porque, no sólo D. Fernando de Albizu llevaba el apellido materno alabés y nació á un paso de la provincia de Alaba, inmediato á los límites de Contrasta, en el escondido pueblo nabarro de la Amezcoa alta, denominado Aranarache, donde brota uno de los afluentes del Urederra, sino que pasó en Alaba más se sesenta y siete años. Reveló desde niño que traía claro despejo para muchas cosas; y al comprenderlo así sus padres, labradores y ganaderos, le apartaron de la profesión rural á fin de que utilizara en el estudio sus felices disposiciones. Lleváronle á Estella en 1823 á estudiar latinidad, cuyo conocimiento dominó pronto, con nota de sobresaliente; en Irache cursó filosofía en 1824, y en Zaragoza teología en 1825 y 26, «sostenido,—dice el mismo Sr. Albizu en un documento particular,—por la sopa de los escolapios, por seis mesadas de mi casa, y por limosnas del rancho de los soldados del Cuartel de la Inquisición, y de ahí viene el cariño que les tengo, habiéndoseme

ofrecido ocasiones de remunerárselo en las dos guerras civiles últimas, dándole limosnas, agua por mi propia mano, al paso de las tropas por Elorriaga en verano, vino, caldo á los enfermos y curándole sus heridas con bálsamo, árnica, hilas y vendajes.» Fué de estudiante diestro jugador de pelota, llegando á sacar, á mano limpia, en la Taconera de Pamplona hasta 120 pasos. En 1826, cuando contaba 18 años, salió á oposición el beneficio eclesiástico de Elorriaga, en cuyo pueblo tenía cercano parentesco con la antiquísima familia de los Velez de Elorriaga, y lo ganó, pasando á desempeñarlo en cuanto cantó misa en Calahorra, en 1832, siendo obispo el Ilmo. García Avella.

Y desde 1832 ha residido en Elorriaga el venerable sacerdote, atento al cuidado de su iglesia, á la paz del vecindario, al adelanto de la juventud, al ejercicio de la caridad y á las inocentes y útiles prácticas de sus aficiones agrícolas y mecánicas. Reflejo de su paternal y entendida dirección fueron siempre el estado del templo y del cementerio, la escuela, y su casa y su huerta, que son otros tantos humildes modelos de un pueblo culto, bien entendido y feliz. Cuando nuestra Diputación foral, madre entusiasta y pródiga de todos los adelantos de Alaba, realizó el pensamiento de instalar la Granja modelo de Agricultura, vino desde Francia á dirigirla un agrónomo muy entendido, Mr. B. Tronchon, que bien pronto trabó cordial amistad con el Sr. Albizu, corazón abierto á todos los hombres de valía. Sus mútuas conferencias en la Granja y en la casita de Elorriaga, fueron bien aprovechadas para la horticultura. Entusiasmados ambos con tales aficiones proyectaron un viaje por Francia, Bélgica, Holanda é Inglaterra, para visitar los mejores establecimientos hortícolas, como efectivamente lo hicieron, utilizando de tal modo el Sr. Albizu, con la poderosa facultad de asimilación que le caracterizaba, cuantas enseñanzas encontró en el extranjero, que bien puede decirse que regresó á Elorriaga hecho un doctor en arboricultura, horticultura y floricultura.

Al caudal de conocimientos científicos que había recogido en la lectura durante muchos años, añadió la maestría de la práctica, y lástima fué siempre, por muchos lamentada, que no se utilizaran aquellas especiales aptitudes en una Cátedra práctica de la Granja modelo, para bien de nuestra juventud rural. A propuesta de alguna de nuestras autoridades, no sé de cual, ni él lo supo tampoco, fué agraciado por sus trabajos con la encomienda de Isabel la Católica, libre de gastos. También mereció especial voto de gratitud por su noble y caritativa

conducta con muchos pobres desvalidos, á quienes atendió y asistió durante una de las epidemias coléricas. Mostraron siempre sus amigos decidido empeño porque el Sr. Albizu escribiera en sencillo lenguaje una obra práctica sobre la Huerta, su cultivo y sus cuidados, y en ocasión oportuna, hallándose de visita en la posesión del *Retiro*, en la Rabea, á donde á menudo le llevaba el cariño que profesó á su predilecto amigo el inolvidable hombre público, entusiasta defensor literario del país bascongado y laborioso publicista D. Miguel Rodríguez Ferrer, obligáronle cariñosamente á que comprometiera su palabra de redactar la obra, extendiéndose allí la formal escritura de compromiso, ante su amigo, el veterano, entendido y popular notario de Villa Real, D. Celedonio de Azcúnaga. Puso manos á la obra el Sr. Albizu y redactó la parte correspondiente á la Horticultura, cuyo original se conserva. Dejó para más adelante el proseguirla, escribiendo la Arboricultura y Floricultura, pero no pasó el pensamiento de propósito, quedando así el libro tan solo terminado en una de sus partes.

Por su respetable carácter en el clero desempeñó durante muchos años el cargo de Arcipreste de 25 parroquias, siendo altamente considerado y muy querido de todos sus compañeros de sacerdocio.

En las exposiciones de Agricultura celebradas por la provincia en la Granja modelo obtuvo seis premios en los años de 1861 á 67, por el uso de nuevos sistemas de ingertos, por la postura de yemas para la vid, por sus variedades de frutas, por sus colecciones de gallinas, por el inolvidable ejemplar de la vid en un tiesto, con un racimo maduro de 400 gramos de peso, y por sus sabios trabajos de propaganda. Durante la estancia de la Reina Isabel y del príncipe Alfonso en Vitoria (1865) se sirvieron en la mesa real y en las de las dependencias en el palacio de la Diputación dos arrobas de uva de doce clases distintas, procedentes de la huerta del Sr. Albizu. Por su iniciativa se plantaron miles de árboles frutales en Alaba, y por su fama se remitieron muchas de las variedades obtenidas á Calahorra, Fitero, Rueda, Medina del Campo y Torrelavega. Se le distinguió con los nombramientos de Vocal de la Junta provincial de Agricultura, Industria y Comercio, y de la Sección agrícola en la Exposición de Vitoria (1884) y desempeñó los cargos de Visitador de Escuelas de 1.^a enseñanza, Vocal de las Juntas de Sanidad y Tesorero de la Junta de Caridad del Ayuntamiento de Elorriaga.



Cuantos en estos treinta años han visitado á Elorriaga, desde Castelar, Sagasta, el marqués de Molins y Nuñez de Arce, hasta el último aldeano de la llanada, todos han salido enamorados de rincón tan lindo, de iglesia tan pulcra, de casa y huerta tan curiosas y de cura tan docto y simpático. La iglesia de San Pedro es un antiguo edificio ojival, que aún conserva en su puerta la típica archivolta, sustentada por múltiples columnas en cuyos capiteles campean pámpanos y racimos, y en su nave y altas bóvedas las curvas de aquel arte y curiosos medallones del siglo XIV en las clases, con varias imágenes y con la representación simbólica de los Evangelistas. En sus muros interiores está modernamente restaurada, con arreglo á la imitación del gusto greco-romano. El Sr. Albizu ponderaba como padre que ensalza sin quererlo las bellezas de un hijo, las que él encontraba preciosidades del templo. En el gran altar mayor, de estilo barroco, hay jarrones de alabastro de Florencia; las pilastras veteadas y las lámparas son de mármol de Mañaria, y los claros de Gauna. Conserva este templo algunas correctas esculturas de Mauricio Valdivieso, (el discípulo y heredero del famoso artista alabés Payueta), como la imagen de la Virgen del Rosario. En el medallón del altar de la epístola se ve la imagen de San Victor, natural de este pueblo. El púlpito, de caoba, es una delicada obra de escultura, debida al cincel del profesor y escultor D. Márcos de Ordozgoiti, mi querido maestro de dibujo. Entre sus labores, están en un medallón retratados dicho escultor y el cura D. Fernando (1861). Tiene la sacristía elegante cajonería de 5 metros de longitud, obra de Valdivieso; y es digno de contemplarse el armario aparador del servicio de plata del culto, con todo su contenido, cuando éste se coloca en él. En el coro se conserva el archivo de la Junta de los Caballeros hijos-dalgo, que llevaba el nombre de este pueblo, y cuya casa de sesiones está frente á la iglesia. Como objeto curioso guárdase una amplia silla debajo del coro, labrada en 1567, y que segun la inscripción perteneció á Andrés Diaz de Elorriaga, vecino de Vitoria. A un paso de la iglesia, y al lado del cubierto juego de bolos encuéntrase el cementerio, con labrada cruz sobre su ingreso, y en cuya ornamentación interior, que lo convierte en microscópico y elegante jardín, se ve la mano del paternal sacerdote que lo ha cuidado. Algunos sencillos cipreses y algunos olivos pequeños mantienen con sus hojas perennes el aspecto de la vegetación siempre viva. En las líneas del suelo brotan matas de romero, salvia, tomillo y malvavisco. Tijereteado boj rodea

las piedras ó hitos que limitan las divisiones. Allí, en el ángulo sur de aquel reducido espacio, en un rincón, yace, desde ayer tarde, el cuerpo del que tantas veces ha orado en él por sus vecinos y del que con tan amoroso empeño lo cuidara.

La escuela, apoyada en el ábside de la iglesia, con su fachada al mediodía, es toda una aula modelo, muy bien atendida por el Sr. Albizu, y acertadamente dirigida por su deudo y sobrino, el inteligente profesor D. José Egiluz, á quien se debe el trazado de los mapas que adornan sus paredes. De 30 á 35 niños reciben allí cumplida instrucción y educación y 20 de ellos escribientes, ocupan las cinco mesas del aprendizaje caligráfico. Al oriente de la iglesia y á muy poca distancia de ella, están la casa y huerta del cura. A piso llano están el comedor, la cocina y otras dependencias, en cuyos pasillos ya denuncian al amante de las flores multitud de tiestos con cactus, geranios, piés de tomates, brotes del Perú y balsaminas. La huerta, la maravilla del pueblo, es muy pequeña, pues solo mide una extensión de 3 celemines, (5 áreas y 42 centiáreas). En torno á ella están el gallinero, el coladero y el almacén de útiles. En el emparrado que rodea á sus paredes hay hasta 28 clases distintas de uva; y en los soportes y armaduras de sus senderos 90 clases de peras y 40 de manzanas. Abundan las plantas de tomate, de 100 en libra, y se cogen en cambio ejemplares de libra y de libra y media. Vense multiplicados los tiestos de agaves, caladios, coquetas, fuschias y alelíes, y entre ellos se levantan matas de magníficas rosas y claveles. En el centro de los cuadros hay judías, berzas, escarolas y bróculis. La esparraguera tiene 33 años y ha dado pingües cosechas para la casa. En un solo palo hay 15 clases de peras y algunos, dispuestos en abanico, no han dejado de dar fruto en 29 años. Recordaba allí entre otras cosas D. Fernando, que con 12 granos de habas había recogido 600 granos. A nadie dejaba de explicar el mecanismo del pozo, ideado y construido por él en 1849, que se mueve sin manubrio ni palanca, y que con el simple impulso de una cuerda sin fin, saca abundante cantidad de agua de una profundidad de siete metros.

Para recreo y esparcimiento del ánimo tiene la huerta un sencillo mirador con asientos, desde el cual se distingue un horizonte de 24 leguas, desde las siluetas azules en el poniente que marcan las peñas de Pancorbo, hasta las que al oriente se alzan sobre Huarte-Araquil; al frente corren la cadena de los montes de Vitoria y las sierras de

Encia y Andía, detrás de cuyas vertientes se esconde Arandarache, el pueblo que le vió nacer. En el panorama de la llanada de Alaba se ven hasta 26 aldeas. Criando el Sr. Albizu describía su huerta lejos de Alaba, al indicar la existencia de tantas variedades de plantas en tan corto espacio, hubo quien exclamó con aire de incredulidad:

—¡Esa huerta, por fuerza, tiene dos pisos!!

Bien la han visto y alabado cuantos gozaron de la amena conversación del cura en el gabinetito de descanso, donde se firmaba el álbum de la visita; y donde, entre otros curiosísimos ejemplares naturales, hay muchos fósiles alabeses, y uno de gran tamaño, procedente de Azcona (Nabarra), que en la concavidad de una caliza presenta dos culebras petrificadas. Gracias á la atención del Sr. D. Vicente de Albizu, de Azcona, sobrino de D. Fernando, he recibido como regalo este ejemplar, que conservaré en memoria de personas para mí tan queridas, á fin de que figure en mi colección de objetos bascongados.

Visitaban anualmente la casa del Sr. Albizu unas mil personas, á juzgar por las firmas recogidas en el álbum desde 1883. Entre ellas están las de todas las personas más conocidas de Vitoria y de la llanada; muchas de Bizcaya, Guipúzcoa y la Rioja; bastantes de extranjeros y entre las de la Côte, las del marqués de Molins, Galdós, Castelar, Nuñez de Arce, Moya, Tolosa Latour, Picatoste, doctor Calatraveño, Casildo de Azcárate, Garagarzas, marqueses y marquesas de Perales, de Viesca, de Castelar, de Peñafior, de Montalvo, de Villanueva, de Peñafiorida, de la Alameda, de la Solana, de Quintana, condes de Niebla, de Villariezo, de Valencia, de don Juan y de otros muchísimos distinguidos visitantes forasteros.



No sólo á sus virtudes, á su típica frugalidad y á su sencillez de vida debió el Sr. Albizu la dichosa vejez y salud que ha alcanzado, sino al ejercicio constante en los trabajos físicos. Era ingenioso carpintero, habilísimo tornero, cazador, pescador y constructor de las redes y mallas para la pesca; cavaba su huerta; componía todo cuanto sufría algun desperfecto en su hogar y serraba animoso cuantos carros de leña compraba para su cocina. En higiene profesó y practicó siempre el principio de que: «cada uno debe ser el médico de sí mismo». Hombre de bien á carta cabal, no se recuerda que á nadie hiciera el

más mínimo daño en los intereses ni en la honra, aunque fué de genio entero y fuerte y no inclinado á la adulación ni á los cumplidos. Vivió en paz, «ajeno á la política», como de su propia mano está consignado en el documento que tengo á la vista, y no aspiró jamás á beneficios ni canonicatos que le apartaran de su vida patriarcal, sino, lo más, á que se le concediera alguna pequeña jubilación en premio á sus muchos servicios á los progresos agrícolas. Jamás consintió que, con su aquiescencia y conocimiento se ocuparan de él en la prensa; y si hoy lo hago gustoso, es porque despues de haber depositado ayer tarde un puñado de tierra sobre su ataud, al acudir a su entierro, en compañía de mi querido amigo D. Pedro de Madinaveitia, no completaría el deber que tenemos muchos de honrar la memoria de hombre tan bueno, tan digno, tan modesto y tan entendido, si no dejara consignada esta memoria para que se reproduzca por gran parte de la prensa basco-nabarra y para que no se olviden en largo tiempo sus positivos méritos. Ayer los vecinos de Elorriaga lloraban al despedirse de él para siempre en el rincón del cementerio. ¡Dios les conceda, para bien suyo, otro pastor tan bueno y tan admirable como lo fué D. Fernando de Albizu!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Vitoria 16 de Agosto 1892.

